

«Porque no sepas que sé...»

Narración de tres siglos ha

Diego San José

«Pues muerte aquí te daré porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías».

CALDERÓN.

I

UN POCO DE HISTORIA

Saliendo de la Villa, fuera ya de la vega, en pleno campo había en tiempos un informe montón de piedras y adobes, que, hacia la mitad del reinado del prudente y austero Filipo, fue edificio y no malo, famoso entre arrieros y trajinantes, que, desde las Andalucías y los reinos de Murcia y Valencia hacían con sus recuas y carromatos jornada para la Corte de las Españas.

Las tales ruinas —que se desparramaban un buen trecho más del perímetro que la mansión tuvo— guardaban bajo de ellas una trágica historia, que al cabo del tiempo ha venido a florecer en leyenda.

Durante el día, cuando triunfaba el sol con todo el suave y confortable poderío que suele tener en las templadas tardes de invierno, valía por academia de viejos, donde contaban las venturas pasadas y las desdichas presentes; otras veces, ocupaban los desparramados cascotes, pícaros y gallofos que hacían bolsa y lonja (que todo viene en rigor a ser uno y lo mismo), de su desaprensivo menester.

Si en tan azarosa vida se bailaba tan a gusto como el pez en el agua, ¿qué mucho que nunca se curase de buscar otra, entendiéndose que a pesar de los continuos peligros y de las inevitables privaciones, la que llevaba era la mejor de todas, pues podía mirársele como un verdadero místico de su carrera?

Años más tarde, el limpio sol de Italia, allá en los floridos campos de Milán, le fue gran curandero de dos boquetes como de escudos que le abrieron en ambos muslos los plomos de un arcabuz, y tuvo como grandísimo prodigio el poder contarlos al cabo de sus dilatados días.

Las plácidas y geórgicas campiñas de Flandes, en Brujas y en Ostende, le dieron mucha nostalgia de las verdes praderías, de su aldea otra que se vio mano a mano con la «Descarnada» por obra y desgracia de unas pertinaces calenturas maltesas que hacían más estragos en los soldados españoles que las balas y los aceros enemigos.

En cuanto consiguió dar un puntapié al ataúd, que ya le tenían prevenido, volvió a filas y en la trágica expedición a las islas de Zelanda, se portó con tal entereza y pujante brío, que el mismo don Luis de Recaséns, generalísimo de los Estados de Flandes, en sustitución del sanguinario duque de Alba, le dio por su mano el empleo de sargento, y aún es fama que maravillado de tanto arrojo y salvaje valentía pasó al Rey noticia de las épicas hazañas de su soldado.

En verdad que la hazaña llevada a cabo no había sido para menos, y así no faltaba quien fuese de opinión que no los galones de sargento debieron dársele con toda pompa y solemnidad al final de una gran parada, pero aun la banda alférez pareciera mezquino premio para tan gran arrojo y fría serenidad.

Pero de bien poco sirvieron al bravo Francisquito la gloria y el ascenso que le diera el señor Gobernador, puesto que salió el infeliz con un brazo tan quebrado, que no había forma de ponerlo en compostura, y aun así y todo, tuvo que darle las gracias al ángel de su guarda por haberle hecho tan gran servicio como era el de conservarle la vida.

Atendiendo a esta incorregible inutilidad, que ya no le consentía ser quien fue hasta entonces, le dio Su Excelencia de por sí la gabelilla del juego, que llamaban del «boliche», el cual regentaba con tanta rectitud y mesura, que más pudiera pensarse viendo cómo lo hacía que antes administraba los piadosos dineros de una santa hermandad que el vicio de todo un regimiento...

Jamás en su tienda pudieron verse agrias disputas ni pendencies formales, en que los matones y barateros de oficio quisieran hacer valer por la tremenda lo que ellos mal entienden por derechos «por la tremenda», y cuando hubo barrunto de alguna incomodidad, el brazo sano que le quedaba sabía ahogarla reciamente antes de nacer.

No era «El Rojo» hombre que se dejase gritar, ni sufría que nadie le mirase cara a cara mucho espacio, sin hacer luego pagar la altiveza de los ojos.

A un tudescazo como una torre, que tuvo en poco porque le miró tullido y le creyó, sin duda, enemigo de poca monta, le dio tal revés con el brazo sano en plena jeta que cayó al suelo hecho una pelota, y en más de media hora no volvió en sí, como si más que de una bofetada hubiese caído por la fuerza de un furibundo golpe de maza...

Pues a un vizcaíno, recio como un olmo, del que contaban que allá en su tierra tumbaba árboles centenarios no más de con el poderoso brío de tres o cuatro hachazos, y que creyéndole tan poca cosa como el alemán, llegó a tanto como a amenazarle, no le dio tiempo a cumplir la amenaza, pues estando cerca de una ventana le tomó con la única mano por el cinto, y, sacándole fuera con la misma facilidad que pudiese hacerlo con un pelele a pesar de su desmedida corpulencia, le dejó caer en un estanque que lamía los muros de la casa.

En fin, que era su fuerza tan extraordinaria que muy bien hubiera podido repetir alguna de las famosas y forzudas hazañas de aquel memorable García de Paredes, a quien llamaban sus contemporáneos el «Hércules de Extremadura».

Cuando oía la voz de Francisquillo, por muy alborotada que fuese la partida, quedaba todo como una balsa de aceite.

Fuera de las ocasiones en que le obligaban, sin él quererlo, era el hombre más llano y apacible del mundo.

Por esto cuantos le conocían le querían bien y procuraban no darle ocasión para que se saliese de su natural pacífico.

En tal menester anduvo nuestro hombre por espacio de más de un lustro, hasta que le plugo al soberano pasar por vez primera a visitar sus calamitosos estados de Flandes.

Al tornar de ellos, el regimiento en que «El Rojo» sirviera, llegó hasta Fuenterrabía, dando escolta a Su Majestad. Era cosa determinada que desde este punto había de retroceder a proseguir la campaña que durante medio siglo más siguió alimentando el odio que allí se nos tenía por obra y gracia del fanatismo de nuestros reyes, que se esparcía por todos sus súbditos.

Empedrada de fanatismo está la Historia de España, muy especialmente desde que se unieron en una sola las dos coronas de Castilla y Aragón.

Entonces fue cuando la Iglesia, olvidando al piadoso y humilde fin para que fue creada, se mezcló en regir los destinos de la república, haciendo ministros a sus primeras figuras.

Cisneros, Mendoza, Adriano, Aliaga. Sandoval, son altísimos ejemplos de ello. Mas dejemos la historia para los historiadores, y volvamos a nuestra narración, que no deja de tener sus puntas y collares de histórica.

* * *

Así en cuanto el bravo Francisquillo vio tierra española no tuvo más deseos que los de volver al pueblo en donde se meció su cuna y pasó los años más felices de su vida, que, como en todo ser humano, fueron los de la infancia.

Se miraba viejo y tullido.

Consideró que ya el prestigio de su destreza, por ley natural, tenía que ir en baja, y ¿quién pudiera asegurarle que el último bisoño del ejército no le hiciera un mal día humillar la cabeza y morder el polvo? Ciertamente que muy acabado tenía que verse para que tal acaeciera, pero tal humillación no estaba ni mucho menos dentro del terreno de lo imposible, corriendo como corrían los años con la insufrible carga de los achaques.

No tuvo, pues, ánimo para volverse con sus camaradas y al mismo Rey le pidió licencia para quedarse, alegando para ello los servicios prestados y la inutilidad en que por el buen cumplimiento de ellos se encontraba.

Le recibió en principio el soberano con aquella frialdad peculiar en su carácter reconcentrado e impenetrable, pero según caían las palabras de los labios del viejo soldado, la faz del monarca iba despejando el gesto displicente y seco y finó por iluminarse con una agradable sonrisa. Acaso una de las pocas que en todos los días de su vida prodigó el «prudentísimo» y severo don Felipe.

Como vio el rey que eran ciertas las razones en que el veterano Francisquillo fundamentaba la gracia que pedía con tanta humildad, tuvo a bien licenciarle desde aquel mismo punto y hora, y testigos de tan conmovedora escena aseguran que le dio la bendición, como a buen hijo que abandona la casa paterna para buscarse la vida de por sí...

No faltaban entre los veteranos, que por muchos años habían sido camaradas del honrado tahurfero que pesarosos de aquella deserción, a tiempo de darle la despedida, le aconsejaban que se volviera atrás de su acuerdo y retomase con ellos a proseguir la campaña, ya que aquí según parecía ser vieja e irremediable costumbre con la gente de armas, de capitán para abajo no les esperaban más que hambres y miserias.

Si hasta allí había podido decir que era el amo y señor de los campamentos, fuera de las horas de lucha, por el privilegio de ser el asentador del juego del “boliche”, de allí adelante, en cuanto se comiera los «cuatro cuartos» que pudiese tener ahorrados, no tendría otro arbitrio ni más manera de ganarse la vida que pasear el canuto de los servicios atado a la ropilla y la triste manquedad por las solanas de los templos cortesanos y los zaguanes de los caserones de la Grandeza...

Cuando mucho, no pasaría de ser demandadero de algún convento o guarda de alguna obra que se estuviera labrando, en tanto que, a la zaga de cualquier regimiento, según ya tenía de costumbre, como disfrutaba de la consideración de todos, podía ser tan libre y bienquisto como el Rey en sus alcabalas.

Otras muchas y apretadas cosas le dijeron para ver de convencerle, pero todo fue como dicen, machacar en hierro frío, pues el hombre sentía ya el vaho de la tierra nativa y cada vez le acuciaba más fuerte la determinación de retirarse como dijo andando los años un gran poeta:

«a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios»,

visto lo cual, los porfiadores no tuvieron más arbitrio que dejarle abandonado a su capricho, sintiéndolo todos con el alma, porque, como queda asentado, era un buen hombre que sabía entenderlos y concedía a cada uno lo suyo.

II

EL MESÓN «DE EL ROJO»

Como «El Rojo» traía muy pingües ahorrillos, producto de su honrada tahurería, así como dio en la Corte, después de haber estado alguna breve temporada en el lugar de su nacimiento, donde ya no le conocía nadie por cuanto salió de él siendo muy muchacho pero que no fue óbice para que le recibieran muy bien, ya que al fin y al cabo era un héroe que honraba a la escondida aldehuela, pensó en recogerse a la vida sosegada y tranquila y para ello no encontró mejor medio que el de tomar en traspaso un mesón a la entrada

de la Villa, el cual, al poco tiempo, estando antes muy en descrédito por la mala administración del huésped que le gobernara, llegó a ser el más famoso y concurrido de todas las puertas da la Villa.

Siempre que en las crónicas particulares se habla del mesón de «El Rojo», se hace mención como detalle de hostelera conciencia muy digno de darse a los cuatro vientos por la parlera trompeta de la Fama, que allí no se metamorfoseaban los gatos en liebres, ni el áspero vinillo de Yepes y de Rueda en el agua no muy clara del Manzanares, ni el libro de las cuarenta hojas desencuadradas se veía tan claramente con los ojos como al tacto de los expertísimos dedos de profesores graduados en la famosa universidad sevillana del señor Monipodio (escuela que aún hoy, a pesar de los años que van pasados, en el más humilde rincón de la tierra tiene establecida un aula en la que estudian y practican muy aprovechados discípulos).

A cada parroquiano le cobraba no más de lo justo que hiciera de gasto y se le perdonaba el impuesto sobre el ruido, que por mucho tiempo se ha seguido cobrando en la mayoría de las ventas, paradores y mesones de ambas Castillas.

Cuando el antiguo soldado de los «tercios» veía trasponer los umbrales de su casa a algún camarada del oficio, que venía de desecho, por traer algún miembro descabalado, le recibía con muestras de gran amistad y le daba de gracia hospedaje por un día.

Su deseo hubiese sido de hacerlo por más tiempo, pero no se lo consentía su hacienda, que, aunque le daba para vivir, no le daba margen para trocar la industria en hospital de los veteranos que abandonaba el Rey después de haberle servido, en cuyo servicio se dejaron pedazos de su vida.

Mas como tal escoria de la guerra no dejaba un solo día de gotear en las puertas de Madrid, resultaba que mantenía diariamente un inválido.

Y era de ver cómo el bueno de Francisquillo, que con el sosiego de la paz se había puesto gordo y lustroso como si en todos los días de su vida hubiese sido ventero, se remozaba y alegraba el espíritu con tales visitas.

Todas las charlas que sostenía así con los soldados que venían de los campos de Flandes como con su ordinaria parroquia, venían a dar en la memorable batalla que valió al Rey la conquista de las islas de Zelanda y al cronista su manquedad.

Cuantos había en el mesón, cuando «El Rojo» tomaba la palabra sobre aquel suceso, hacían corro y apenas se atrevían a respirar por no perder un solo párrafo de cuantos componían la relación de su merced, que como todo viejo pagado de su mocedad sustentaba el conocido tema de Jorge Manrique de que

«cualquiera tiempo pasado
fue mejor...»

III

EN DONDE «EL ROJO», TANTO POR DISTRAER A SU PARROQUIA.

COMO POR DARSE SATISFACCION A SÍ MISMO, REFIERE LA
JORNADA EN QUE SUFRIÓ SU MANQUEDAD

«Aquello, ¡voto a Dios! —comenzaba diciendo—, eran pesadumbres y batallas y no como estas de ahora en las que, con descabezar cuatro viejos, estropear un par de mozas, de las cuales una por lo menos suele quedar agradecida y despanzurrar quince o veinte muchachos, se tiene un hombre por más valiente que el mismísimo Cid, y aun se estima en el caso de darle cuatro tantos de ventaja al propio vencedor de Ceriñola.

»Aquella toma, de las islas en que para mi desgracia tuve que encontrarme, sí que fue cosa digna de escribirse entre los más famosos anales de la guerra con letras de oro, para que dure eternamente.

Arduo y nada fácil era el negocio, porque tenéis que saber que las poblaciones zelandesas que están en las aguas del Mossa y el Escalda, son continuamente invadidas por las mareas del Océano, las cuales se mezclan y confunden con las de los dichos ríos.

»Se construyeron en Amberes treinta galeras y muchos pontones y barcas de remos, todo lo cual se proveyó muy bien de artillería.

»Los más notables capitanes del Ejército de España se pusieron al frente y al fin partimos de Amberes obra de tres mil soldados de infantería, doscientos gastadores y cuatro compañías de caballos.

«El 29 de septiembre de 1575 llegamos al canal que separa la isla de Philipsland; inmediatamente se dio orden de que los españoles vadeásemos el aquel brazo de mar caminando los gastadores a la retaguardia.

»No entendáis que la cosa era tan fácil de ponerse por obra como de ordenarla, pero, como en el servicio de las armas no hay apelación contra las determinaciones de los jefes, por absurdas y disparatadas que parezcan, no hubo más medio que el de salir adelante con lo mandado.

»Para dar ejemplo, nuestro capitán, Juan Ossorio de Ulloa, se lanzó el primero a ejecutar la hazaña marchando el primero, con cuyo arrojo nos dio tan crecidos ánimos, que todos echamos tras él como sumisos gozquezuelos.

»Fuimos primeramente en barquillas, y así en cuanto llegamos a la punta de la isla echamos a pie por entre agua y lodos, medio desnudos, llevando las espadas y picas y arcabuces levantados en alto.

»Cerca de la garganta nos llegaba el agua y el cieno nos aprisionaba los pies como si fuese liga.

»De esta suerte tuvimos que pasar a tiro de arcabuz por entre dos filas de navíos enemigos...

»Cómo sería aquello, que los mismos contrarios, que nos abrasaban desde las naves, nos decían, maravillándose de tan obstinado y fiero arrojo:

»—¿Adónde vais, malaventurados, que os hacen ir como a perros de aguas, sirviendo vuestros cuerpos de trincheras y cestones?

»Pero tamaña compasión no les impedía descargar sobre nosotros y arrojar palos con cadenas y garfios para pescamos como atunes, y amarrando a las naves al infeliz que lograban atarazar.

»Advirtiendo nosotras cómo la huida era imposible de todo punto, y antes por ley de la conservación que por heroísmo, pues que más escape no había que el de pasar sobre ellos como una tromba de muerte, hicimos determinación de que cada uno de nosotros costase diez de ellos por lo menos.

»El capitán Juan Ossorio, invocando al apóstol Santiago, nos hizo atacar con tan sobrehumano ímpetu, que, espantados los rebeldes, pensándose que más que hombres venían sobre ellos todas las furias del Averno, abandonaron las posiciones y se fueron a refugiar en los fuertes inmediatos.

»Detrás de nosotros venía la armada de don Sancho Dávila y ya con este auxilio fue como coser y cantar, ya que uno por uno y casi con sosiego, tomamos los seis fuertes que los enemigos tenían en la isla que dicen Duiverland.

»Y cuando todo estaba en paz, como quien dice, y comenzaba yo a pensar en el descanso que se nos daría como premio a tan memorable victoria, he aquí que el último tiro de arcabuz que disparó aquella canalla vino a alcanzarme el brazo izquierdo y después de mucho padecer me lo dejó tan tieso como un aspa de molino... y de resulta de esta inutilidad que ya me permitía volver a tomar un arma en las manos, nació el hacerme tahúr y después bodegonero...».

Después de la dicha relación, convidaba con un trago a todos los presentes que estuvieron con tanta boca abierta y en seguida daba orden de que cada cual se recogiese a su aposento en oyendo el toque de la «queda».

IV

UNA NOCHE...

Eran más de las diez de una fría y helada noche de noviembre.

Ya después de la cena y dadas gracias a Dios que dio el pan de aquel día, se había hecho un poco de conversación como de costumbre; el reloj del viejo Alcázar había desgranado simétricamente los diez graves acordes que mandaban a los madrileños recogerse a la paz de las sábanas, y a ello se disponían «El Rojo» y la gente a su servicio, que eran hasta dos hidalgos de la cuadra y una princesa del fogón, cuando unos recios aldabonazos redoblaron en el portón de la calle.

—Ve, mozo —dijo su merced a uno de los sirvientes— y mira quién es. Si es caminante que llega aunque no es hora, franquéale la entrada, si por el contrario es algún trasnochador que quiere beber, échale enhoramala.

Se fue el muchacho a cumplir el mandamiento de su amo y tornó presto a la cocina, en donde aquel esperaba acompañado de una mozuela como de quince a dieciséis años.

Era morena de color y parecía blanca de pensamientos. A trozos iba vestida y a trozos desnuda, pues más girones traía en la pobreza de su ropa que la linajuda Casa de Osuna en toda su estirpe.

Los ojos eran grandes y negros y según la tristeza que traían, parecían dos penas nadando entre lágrimas.

Quiso hablar y no pudo. Sus ojos implorantes tomaron la voz a los labios, que ellos solo con mirar de la manera que miraban fueran bastantes a decir la pena que traían atravesada en el corazón.

—Niña —le dijo el huésped—, mala hora es esta y aún peor noche para andar de camino. ¿Quién sois y qué queréis?

—Señor hidalgo —respondió la muchacha entre suspiros y congojas—, no quiero más, y ya es bastante, sino que seáis servido de ampararme por esta noche de la más negra tiranía de que sin duda tendréis noticia. Oíd.

—Puesto que va de historia —atajó el señor Francisquillo—, acercaos a esa lumbre, que ella os confortará del frío y os aguzará la memoria, si por acaso la tuvierais algo perdida, que con el duelo que parece que traéis metido en el alma, pienso yo que no puede ser por menos.

Tan humanas y suaves palabras dieron mayor aliento a la entristecida moza, que viendo como había quien estaba dispuesto a escuchar con interés su malaventura y acaso a compadecerse de ella, pues del buen acogimiento del huésped tanto se podía esperar, se acercó al fuego en que agonizaban dos corpulentos brazos de encina, y así como desapareció el mozo a quien «El Rojo» mandó retirarse a descansar diciéndole que si alguna cosa necesitaba la recién llegada él se lo serviría, comenzó la crónica de su pesadumbre no sin que el ventero, que en todo estaba, le preguntase:

—¿Queréis, hija, tomar alguna cosa?

A lo que respondió la dolorida que su necesidad antes estaba en el alma que en el cuerpo.

—Pues hablad entonces —tornó a decirle «El Rojo», acomodándose en una tajuela junto a ella.

LA FELONÍA DE UN MONARCA

«Yo, señor mío, soy de sangre villana, pero limpia.

»Hasta hará cosa de quince días viví en tranquila paz y no muy lejos de estos lugares.

»Mi padre era guarda de uno de estos montes cercanos. Sin duda que de día se ve desde esta misma puerta la casita en que viví.

»Apenas si yo salía de aquel recinto para entrar en la Villa, que cuando más solían alongarse mis paseos no pasaban de la ribera del río. Solo este Corpus me trajo mi padre a ver la procesión.

»En pleno campo corría mi inocente vida libre y placentera sin otro cuidado que el amor de mi padre ni otros anhelos que los de triscar y correr como una corza por aquellos espesos matorrales, entre los que abunda por extremo la caza para divertimento de la gente palaciega.

»No cambiara yo aquel amable y gustoso retiro por todo el bienestar y comodidad que dicen que hay en los alcázares del Rey.

»Mi menester, más que en servir al padre de mi vida, que desde hace cinco años hará perdí a la que me dio el ser, y mejor me estaría que me hubiese llevado con ella, si Dios habría de tenerme prevenido el día de hoy, era estar servida por él y por las gentes que tenía bajo su mandato.

»Solo para comer y dormir puede decirse que trasponía los umbrales de mi casa, aunque esto no quiere decir que todo el tiempo lo empleara en ocios, puesto que entre burlas y veras aprendí a leer, escribir y labrar algunas labores de aguja con bastante primor, cosas que, según mi buen padre me decía, no se les alcanza a muchas damas de las primeras casas de la Corte.

»Solamente los domingos y días de guardar salía de aquel vergel para venir a misa en San Pedro el Viejo, volviéndome allá en seguida.

»Con esta vida honesta, libre y suelta, me criaba lucida y aun parece con alguna hermosura (¡malhaya sea ella que a tal infortunio me ha traído!) según la opinión de aquel pobre y querido viejo que ya no tornarán a ver más mis ojos en las jornadas de esta vida, y de la gente campesina que tuve junto a mí.

»Hará cosa de tres semanas me paseaba por aquellas frondosidades, cuando me topé de manos a boca con cierta noble persona, a la que en otras ocasiones había visto de lejos, que parándose conmigo, se entretuvo en amena charla, diciéndome muchas gentilezas y donaires que mis oídos no habían escuchado hasta entonces.

»Entendiendo yo por la poca o ninguna costumbre que tengo del trato con gentes cortesanías, que era tan noble de alma como de sangre, le respondía con no poco agrado y aun por la afabilidad con que me trataba, recibía mucho contento en responderle, dentro de mi humildad.

»De palabra en palabra, me preguntó quién era; se lo dije con extremada sencillez y de allí adelante, sin tener cuenta con que aún soy muy muchacha, me dijo mil cosas que eran requiebros de amor y elogio del buen parecer que dicen que tengo en el rostro. ¡Ay, bellaca belleza si es que existes en mí, nunca, por más dilatados años que viva, dejaré de maldecirte bastante!...

»Ya entonces comencé a recelar de que no me hablaba con la cortesía de las primeras frases; se le encendían los ojos en fuego para mí de todo punto desconocido y le temblaban las palabras antes de salir de la boca, y comenzó a decirme a la par del oído, teniéndome casi a viva fuerza tomadas mis manos frías entre las suyas ardientes, que a muy poco que yo pusiera de mi parte podría ser tanto y aún más en su corazón que la misma Reina de España.

»Me decía que ni siquiera era necesario que dejara aquellos lugares ni siquiera abandonar a mi padre, quien desde aquel mismo punto y hora pasaría a ser guarda mayor de aquellos cotos de caza.

»Y si a esta rusticidad que tan bien te va a tu ruda belleza campesina — proseguía— prefieres por cambiar de ambiente y gustar la vida de las grandes señoras, vivir en la Corte y triunfar de todos los placeres que hay en ella, yo te llevaré a vivir a un palacio donde te servirán de rodillas pajes y esclavas.

»Más muerta que viva oía yo estas deshonestidades esperando un resquicio para escapar, porque dentro de mi ignorancia no dejaba de entender que a tan gran personaje como aquel, era vano empeño el huirle, porque, como la luz y el agua, en todas partes tiene entrada.

»En esto vi delante de los dos a mi padre.

»No se esperaba mi ofensor esta aparición, y así de presto me soltó la mano.

»Mi padre no hizo más que decirle arrojando a sus pies la espada y el mosquete con que hacía su guarda:

—Señor, ¿es así como los grandes acostumbran a pagar la lealtad de sus vasallos? Pues si es así, tenga las armas que me dio para tenerle cuenta con la hacienda, que de hoy más no quiero servir a tan mal señor, aunque ya conozco que en ello no dejará de irme menos que la vida, de ella puede disponer vuestra majestad, pero no de mi honra.

»El señor miró fríamente a quien tan enteramente le hablaba, pero los ojos de mi padre supieron mantener aquella mirada que dicen que nadie ha podido sufrir hasta ahora.

»Así como me encontré libre, hui despavorida y amedrentada.

»¡Ay, señor, que desde el día siguiente no volví a ver más a mi padre!...

»Me quedé sola en el mundo, mas aquel caballero iba cada tarde a recordarme la tristísima orfandad en que había quedado.

»Al fin, un día se cansó de no oír de mi boca más de recriminaciones y denuestos sin consideración alguna a su alta jerarquía, y me advirtió que desde aquel mismo instante quedaba presa, entendiendo que este era el mejor medio para reducir mi tesón y mi soberbia.

»Así tendría espacio bastante para meditar lo que más pudiera convenirme.

»Ya aquel hombre no era el cortés y sumiso que para mi mal y perpetua desventura hube de hallar aquella infausta mañana en uno de los bosques de la Casa de Campo.

»Sus ojos pequeños y grises se agrandaban y parecían llamear como carbuncos.

»Su voz era recia y áspera, cuajada de denuestos e insultos, como jamás pudiera yo presumir que salieran de labios de un tan gran personaje como aquel, de ordinario tan dado a la mesura y a las prácticas religiosas, pues muchas veces me acuerdo de haber oído decir al padre mío, que se pasa meses enteros haciendo compañía a los frailes de un monasterio que está labrando al otro lado de la sierra, en conmemoración de una batalla que ganara en tierras de Francia.

»A grandes pasos andaba la estancia como si fuese una fiera enjaulada.

»Por un largo espacio no se halló en la habitación más que el eco de sus pisadas, el jadear de mi pecho y el gemir de mi llanto».

* * *

La relación de las desventuras de la triste moza iba abriendo profunda huella en el espíritu justiciero de «El Rojo», el cual más de dos veces la interrumpió con rudas interjecciones que eran fidelísimo reflejo del mar de rencores en que estaba bogando su alma.

Tamaño desmán no podía sufrirse ni aun viniendo de tan alto.

—Y ¿cómo escapaste, desdichada? —preguntó.

A lo que respondió la atribulada doncella, un poco más sosegada por haber hallado quien se doliese de su pena y le diese cobijo bajo su techo, siquiera no pudiese ser por mucho espacio, pues su poderoso y tenaz perseguidor no dejaría de echar feroces sabuesos en su busca, los cuales llevarían orden de entregársela viva o muerta...

—Fingí un repentino accidente, durante el cual di terribles gritos y me golpeé, como si estuviese poseída del Enemigo malo; la guarda, que era más humanitaria que su amo, entró en mi aposento, me alzó del suelo y poniéndome sobre la cama, salió a buscar un poco de agua para rociarme el rostro y este fue el preciso momento que aproveché para ganar la puerta, y desde allí, sin gran trabajo, porque la noche es oscura como boca de lobo, salí al campo. Columbré desde lejos la luz que se filtra por esta ventana, única isla de claridad que hay en todo el mar de tinieblas de esta noche, y aquí he acudido pensando que la caridad y la misericordia de un alma buena no habrían de faltarme.

Al al terminar tan amarga relación, nuevamente se inundaron de lágrimas aquellos hermosos ojos, pareciendo que la desfallecida voz se ahogaba en el caudal de tanta pena.

—Hiciste bien en abrigar tal confianza, pues lo que de momento necesitabas lo encuentras enteramente en mí —exclamó Francisquillo, callando luego un buen espacio, al cabo del cual rompió nuevamente el silencio para añadir con dejos de harta pesadumbre que indicaban no poder aventurar mucho en mejorar la suerte de su protegida—: ¡Mal enemigo te has buscado! Pero así y todo, ¿quién sabe?

Se acordaba el bueno de Francisquillo de algunas de las solapadas hazañas del solapado personaje, las cuales, muy en secreto, de boca en oreja, corrían por entre las gentes de toda clase y condición, siendo ya muchas de ellas cotizadas entre los desocupados del Mentidero.

Se acordaba el hombre de que cuando al margen de la política y del contante interés que prestaba a la construcción del famoso monasterio escurialense, daba entrada en su concupiscencia a los siete pecados capitales, no reparaba en los medios para alimentarles con toda holgura y sin haber más testigos que los absolutamente indispensables para que le sirvieran, los cuales, después de haber satisfecho el capricho, sabía hacer desaparecer muy bien.

Aún estaba fresco, como quien dice, en el ánimo de todos los madrileños, aunque ninguno era atrevido de contarlo en alta voz, los amores con la princesa de Éboli, la cual, a pasar de ser tuerta, arrebatada a los hombres de tal suerte que tuvo mucha razón el P. Arolas cuando siglos más tarde la retrató de esta magistral manera:

«Un párpado levantado,
mostraba negra pupila,
que con su fuego aniquila
cuanto una vez ha mirado;
el otro cubre caído,
como venda bienhechora,
la pupila matadora,
que cerrada se ha dormido...».

Cuatro víctimas llevaba costadas este idilio, más criminal que otro alguno de la misma índole, por ser perpetrado por quien más obligado estaba a respetar las leyes y los derechos de sus súbditos: al marido de la princesa, don Ruy Gómez de Silva; don Juan de Escobedo, uno de los varios galanes con quien la alcorniada y hermosa adúltera traicionaba al Rey y al secretario Antonio Pérez, y, finalmente, este último, que, huyendo de su amo y rival, trajo a la sombra de sus pasiones y concupiscencias el levantamiento de Aragón, que debió costar a este reino la pérdida de sus fueros y la cabeza de su Justicia Mayor, don Juan de Lanuza, y para que la misma musa de este poema de escandalosa lascivia supiera guardar el secreto de sus liviandades, estaba a la sazón encerrada, en el castillo de Pinto, después de haber sido recluida por vía de señora de piso en el monasterio de Pastrana, de donde porque no alborotara las dormidas pasiones de las pudibundas esposas del Señor, en contra de todos los deseos del Monarca, su martelo, fue expulsada por la priora, que no era menos que la que medio siglo más tarde había de figurar en los altares como Santa Teresa de Jesús.

VI

EN DONDE EL CAZADOR Y SUS LEBRELES ENCUENTRAN LA CAZA HUIDA

—Mal enemigo te has buscado, pero así y todo puede que con estar tan cerca de su morada no llegue su olfato hasta aquí. ¿Cómo se va a pensar que tan cerca de él habéis encontrado albergue?...

No bien tan consoladoras palabras para el espíritu medroso y atormentado de la muchacha habían caído de los labios del caritativo ventero, que un día fue héroe, cuando unos recios aldabonazos hicieron retumbar no solamente la casa sino a toda la vecindad de lechuzas y mochuelos, que en las ramas de aquellos árboles se cobijaran, porque otra humana no había por allí.

El mismo Rojo acudió a ver quién era desde la ventana de la pieza en que se encontraban...

—¿Quién va allá...? —preguntó con voz recia y nada amiga, pues que tales horas no eran en verdad para recibir parroquianos.

—¡Abre! —ordenaron por toda respuesta, sin curar nada de la áspera inquisición del malhumorado huésped.

—¿A quién? —tomó a preguntar este.

—¡Por Cristo! ¿Tienes miedo? No estará muy limpia tu conciencia, y así tiene que ser, ventero —volvieron a decir los que aguardaban en la calle y con tanto brío llamaban para entrar.

—Más que la de vos, pero necesito saber a quién admito en mi casa —tornó a replicar el bueno de Francisquillo, muy molesto por tamaña impertinencia, que de manera alguna hubiese tolerado de estar a mano con el que la lanzó tan a mansalva.

—No gastes más tiempo, que mucho tenemos perdido, y abre en nombre del Rey —dijo el que hablaba desde la calle, aunque procurando que la poderosa razón no la recogiesen las ondas del eco.

Ya no hubo más remedio que hacer lo que mandaban, pero no se dispuso a ello sin procurar antes esconder a la triste fugitiva en su mismo aposento, sosegándola con decirle que no tuviese el menor recelo, pues nadie, sin su licencia, se atrevería a pasar a aquella estancia.

Con esta seguridad, dada por un hombre tan de bien, pareció quedar la infortunada con alguna más tranquilidad, aun sabiendo como sabía que para el que con tanta saña la iba a los alcances no había escondites.

Bajó Francisquillo a franquear la entrada.

Descorrió cerrojos, quitó trancas y abrió el portón.

En el umbral aparecieron un encubierto y tres embozados.

—¡Pardiez, que sois terco y remiso! —dijo uno de los de la capa, y el del antifaz preguntó con voz áspera y desabrida:

—¿Es este el mesón que dicen de «El rojo»?

—El mismo es, para servirles —respondió el tal, preguntando a su vez:

—Pero, díganme, ¿qué es lo que tan deshora vienen a buscar en esta casa?

—Siga adelante, que no ha de tardar en saberlo —le dijeron, y ellos mismos, una vez que estuvieren dentro del portal, se cuidaron por sí mismos de encajar el portón.

Y todos entraron hasta la pieza en que poco antes contara la mozuela desamparada su triste aventura, la cual desde la estancia contigua no dejaba de estar atenta a lo que en esta otra pudiera ocurrir, que no habría dejar de estar al margen de su desdicha.

El hombre del antifaz, que parecía el jefe de los otros y tenía empaque de ejercer gran autoridad, porque era grave y mesurado en sus ademanes, continuó con su voz áspera y desabrida:

—Responded con toda verdad como si confesarais en la hora de la muerte. ¿Se ha escondido aquí, desde hace poco espacio, una joven, que de por estos campos venía huyendo?

—¡No! —respondió firmemente el viejo soldado de los Tercios.

—A fe, a fe —replicó sarcásticamente el encubierto—, que os condenarais lo mismo que se condenó Luzbel si fuera esta la postrera confesión que hubieseis de hacer en vida. Mirad, hermano, que por haceros bien y porque soy enemigo de estridencias, y este caso más que otro alguno requiere profundísimo misterio, os emplazo a que digáis la verdad, dándoos por adelantado la promesa de que no os acaecerá mal alguno; antes, al contrario, bien pudiera ser que por hablar sinceramente labraseis vuestra ventura. Yo sé por indicios ciertos que nos ha dado quien lo ha visto, que aquí ha entrado una mujer de las mismas señas que acabo de decir. ¿Dónde la habéis escondido? Hablad claro y sin rodeos, porque os vuelvo a repetir que en decir verdad puede iros prenda de tanta monta como la vida...

«El Rojo» tornó a decir con gran entereza que allí no había entrado sino él y los criados que le acompañaban cuando llamaron a la puerta.

Mientras que hablaba sus ojillos escrutadores no se apartaban del enigmático antifaz del desconocido.

Aquel rostro pálido y anguloso, encuadrado por unos bigotes y una barba puntiaguda, que a trechos tenía resabios de haber sido de oro, no le eran desconocidos; quería hacer memoria de dónde los había visto otra vez, y por más que estrujaba la memoria no daba con la ocasión en que pudiera haber sido.

De pronto, el enlutado, impaciente por la cerrada negativa del mesonero, se volvió hacia sus secuaces y mandó a uno de ellos, que sin haber dejado caer el embozo de la capa, que casi por entero le cubría el rostro, estaba sumido en la penumbra:

—Diego Pérez, saca la verdad del pozo de este hombre, y procura que la cuerda que emplees para ello sea larga, porque por lo que parece ha de estar muy honda. Tus rudezas serán más poderosas que mis suavidades. Y entended que vos lo habéis querido, que no yo.

El llamado Diego Pérez, despojado ya del luengo tabardo que le cubría, se destacó trayendo en la diestra mano unas tabletas de boj y un rollo de cordeles.

—Por última vez —volvió a decir el del antifaz.

Francisquillo nada respondió, y entonces aquel hizo una seña al de las tablas, el cual de un salto gatuno se arrojó sobre el inválido huésped, pero no fue tan a mansalva como él se pensaba, porque aún en el estropeado cuerpo del lijado veterano de Flandes había briosas energías de mocedad, y así con un fuerte manotón asestado con la mano siniestra dio en tierra con el llamado Diego Pérez ; pero apenas los otros vieron a su camarada tan en riesgo, acudieron a prestarle auxilio. Y aunque eran sanos y fuertes no fue tan presto como se prometían, porque a «El Rojo» parecían haberle renacido los bríos de la mocedad, y, asiendo un taburete, supo tenerlos a raya un gran espacio, ante la más fría indiferencia del enmascarado, que como tenía completa confianza en que el número y destreza de los suyos había de sacarlos triunfantes en tan desigual y cobarde lucha, parecía estar ajeno a lo que allí pasaba.

Y así fue.

Aquellos serviles del encubierto estaban hechos a la felonía, y por ende a jugar siempre con ventaja.

El Diego Pérez tomó una de las cuerdas y, tirándola diestramente a manera de lazo a las piernas de Francisquillo, se las enredó tan bien, que le hizo caer de bruces.

Los otros que tal vieron se tiraron como lobos sobre el indefenso mesonero y le ataron muy bien como si fuese la más peligrosa alimaña.

El de las cuerdas saltó otra vez sobre la presa vencida, y en un decir «¡Jesús!» le tuvo encordelados los dedos de la mano sana.

Resollaba el desventurado más de cólera que de dolor, con no ser este nada suave.

El de la máscara había tomado asiento en uno de los poyos de piedra que había junto al hogar y se entretenía en escarbar la lumbre que comenzaba a apagarse. Después de que la hubo avivado algún poco, sacó del interior de sus negros greguescos bordados en azabache, un «rosario» de ébano, engarzado en plata, y se entretuvo en pasar y repasar sus negrísimas cuentas entra los marfileños dedos.

Era hombre que no gustaba jamás de desperdiciar el tiempo y como sabía que a los ojos de Dios estaba cometiendo un delito y no de los más livianos, comenzaba a pedirle que allá en la otra vida le fuese borrado del voluminoso libro de sus culpas. Y bien podía hacerle este pequeño favor Su Divina Majestad, ya que le estaba levantando uno de los más ricos palacios de la devoción que habría de tener en España...

Ni los encendidos ojos de «El Rojo», que como dos saetas querían hundírsele en el alma (que también como su indumento habría de ser negra) eran bastante poderosos para sacarle de la indiferencia en que estaba.

Ni los dicitos, ni los insultos con que su víctima le zahería, conociendo bien que ya no habría tornar a la vida, porque siendo quien era aquel hombre, no era probable que le dejasen vivir llevando sobre sí el secreto de aquella noche, le conmovían.

—Por última vez —le dijo, sin dejar de atender a la ocupación religiosa que traía—, os pido que me digáis en dónde se culta la mujer que busco.

Francisquillo no habló sino para volver a echarle en cara aquella infamia.

Los verdugos iban a comenzar a darle elocuencia con el terrible agujón del tormento, cuando, de pronto, se abrió la puerta de la estancia inmediata y en el hueco apareció la infeliz perseguida.

A su vista el caballero devoto, que con el piadoso instrumento de devoción no se había apartado de junto al hogar, dejó el menester en que estaba y se puso en pie.

Avanzó unos pasos.

Al través de los agujeros del antifaz le brillaban intensamente los ojos.

—¡Soltad a ese inocente! —gritó la moza—, pero ninguno de vosotros ose poner su mano sobre mí.

En tanto que así hablaba iba retrocediendo hacia la ventana abierta, por donde poco antes preguntara «El Rojo» quién llamaba en su casa tan a deshora en llegando a tal lugar, añadió:

—Si salgo con vida de aquí, mañana sabrá toda la Villa quién es el que me burló y procuró mi desventura de tan cruel manera y sabrá quién se sienta en el trono de España. Si muero, como desde aquí tengo ya por cosa bien segura; a Dios daréis cuenta de vuestro crimen, que es un joyel más de vuestra corona.

Y dando un prodigioso salto puso un pie sobre el alféizar de la ventana y se lanzó al espacio.

Un supremo alarido de dolor se sobrepuso a los bufidos del levantisco Guadarrama, que tirando chimeneas y levantando espesas nubes de polvo, entraba por las angostas y sucias calles, que en aquella parte eran avanzada de la Villa y Corte de las Españas.

Francisquillo continuaba rugiendo, amordazado y maniatado sobre una silla.

* * *

El del antifaz, que ni ante la trágica resolución de la moza se había conmovido un punto, mandó a sus fidelísimos esbirros

—Gracián, sube a su loca. Diego Pérez, revuelve la casa, busca a todos los criados que tenga este hombre y tráetelos aquí.

Salieron los dos «lebreles» y tomaron de allí a poco.

Él fue en busca de las sirvientas del mesón, dijo que no había hallado a nadie en toda la casa; sin duda que los dichos criados habían buscado la salvación en la huida como vieron a su amo en peligro, pensando que a ellos pudiera esperarles la misma suerte.

No tardó en volver el que saliera en busca de la muchacha, diciendo:

—Señor, no hay forma humana de dar cumplimiento a vuestra orden.

—Sin duda —replicó este—, que la corza cayó de pies y se perdió, favorecida por la sombra de la noche en la espesura de estos contornos. Pues preciso dar cuanto antes una batida, para intentar encontrarla, pues ya sabéis cuánto me importa que no halle cobijo en parte alguna y ¡ay! de al que a tanto se le ablande el corazón.

—Señor, no hay para qué tomarse el trabajo que mandáis —respondió nuevamente Gracián.

—Pues, ¿cómo? —inquirió el amo.

—Se deshizo el cráneo contra los guijarros del camino.

—Dios la haya perdonado —exclamó el enlutado con la misma entonación indiferente con que pudiera haber dicho «¡Feliz viaje!».

—Cuando yo llegaba junto a ella, lanzaba el postrer suspiro —dijo el verdugo.

—Me pesa que haya muerto sin prepararse cristianamente, ya que cristiano soy ante todas las cosas y por ende no me gusta regalarle un alma al diablo, que ya le dan bastantes los herejes de Flandes —arguyó el caballero.

—Aun me dio tiempo para ponerle la cruz de la espada entre los labios —expuso el verdugo, por acallar aquel escrúpulo de su señor.

Este se subió aún más el embozo y sin hacer otro comentario acerca de la infeliz muchacha que prefirió hacer antes sacrificio de la vida que del honor, dijo señalando al aprehendido bodegonero, que durante aquellos momentos había quedado al cuidado del tercer personaje:

—A este hombre le llevaréis esta misma noche, sin perder tiempo ni que nadie se percate de ello, al castillo de Torrejón de Velasco; dispondréis que se le prepare el alma, para que no muera en pecado, como le ha acontecido a esa pobreta, y antes de que brille el sol muera secretamente en la misma celda que la otra noche pasada murió don Martín de Acuña. Mañana, no quede de este mesón piedra sobre piedra, y se eche un bando ofreciendo mil escudos de oro a quien encuentre a los autores de la muerte de la guardesa y del incendio de otra casa. En cuanto a vosotros, ya sabéis lo que puede valer el ser agudos de memoria...

¡Dios os guarde!

«y si lector dijeres ser comento,
como me lo contaron, te lo cuento...»